

(2)
IDU.797


22101982182

Pedro N. Arata

Botanica Medica Americana

Los Herbarios de las Misiones

del Paraguay

La Biblioteca, Buenos Aires,
II. (7): 419-448 y II (8): 183-192, 1898


WELLCOME
LIBRARY
INSTITUTE

HISTORIA, CIENCIAS, LETRAS

LA BIBLIOTECA

REVISTA MENSUAL DIRIGIDA POR P. GROUSSAC

AÑO II. — TOMO VII

BUENOS AIRES

ADMINISTRACIÓN DE *LA BIBLIOTECA*

79, PERÚ, 79

1898

BOTÁNICA MÉDICA AMERICANA

LOS HERBARIOS DE LAS MISIONES DEL PARAGUAY

« El médico ó herbolario que ignora las virtudes de las yerbas, ó que sabiendo las de algunas no procura saber las de todas, sabe poco ó nada. »

(INCA PACHACUTEC, *Comentarios Reales de Garcilaso*, lib. IV, cap. XXXVI.)

Este trabajo tiene el objeto de dar á conocer los *Herbarios de las plantas de las Misiones*, que los jesuítas compusieron en el siglo pasado para el uso de sus conventos y reducciones, y que han circulado manuscritos en el Paraguay y en la Argentina, durante muchos años.

He llegado á tener en mis manos cuatro de estos manuscritos, de procedencias diferentes, siendo uno de ellos el publicado hace nueve años por el señor Trelles. Me ha parecido interesante emprender un estudio comparado de todos ellos, dando á los lectores médicos un extracto de su contenido, y haciendo al mismo tiempo una crítica, con ideas modernas, de las propiedades atribuídas á las plantas de que tratan y agregando los nombres científicos que le corresponden, y observaciones referentes á las mismas.

He creído conveniente hacer preceder este estudio, á guisa de introducción, de algunas consideraciones sobre el asunto de la botánica médica durante los tres primeros siglos del descubrimiento de América, que explican la formación misma de estos herbarios y su filiación.

Puede considerarse como un proemio á un *Comentario de la materia médica vegetal misionera*, que publicaré próximamente, y en el que discutiré, con criterio y crítica moderna, las propiedades atribuídas á esas plantas, muchas de las cuales son remedios eficaces que la terapéutica todavía no ha aprovechado.

I

Prestar ayuda al débil y alivio al que sufre, son sentimientos que se desarrollan en el hombre con los primeros vagidos de sus aspiraciones á la sociabilidad.

Los primeros médicos fueron los primeros filántropos que recogieron de la tradición y de la observación los medios de calmar un dolor, de proporcionar lenitivo al que padece, de curar los males, pues por tales ha tenido la humanidad á las enfermedades que afligen al hombre.

En todos los países, en todas las épocas, las plantas han sido consideradas como *remedios de males* por contener en sí mismas *principios* capaces de oponerse á la acción perniciosa de las enfermedades.

De estas virtudes ó acción de las plantas sobre las enfermedades *(vis medicatrix)* se han recogido por la tradición relaciones circunstanciadas unas veces, mentirosas ó exageradas otras, pero que formaron desde las primeras épocas *un cuerpo de materia médica vegetal*, que llamaremos *popular*, y del que los empíricos y la credulidad pública han utilizado multitud de remedios con eficacias reales ó problemáticas.

Es curioso el hecho, que debemos hacer constar desde luego, de que los *Herbarios de plantas medicinales* de casi todo el mundo (exceptuamos á la China), han sido *todos* calcados sobre un primitivo modelo griego perdido, ó cuando menos transformado por los comentadores sucesivos que han tratado el asunto.

También los *herbarios de plantas americanas*, como han sido hechos por europeos, tienen una filiación que podemos hacer remontar á la *Historia de las plantas* de Teofrasto (300 años antes de Jesucristo), y á los cinco libros de la *Materia médica* de Dioscórides, del primer siglo de nuestra era.

Como es sabido, Plinio segundo, en su *Historia natural*, escribe párrafos enteros idénticos á los de Dioscórides y no cita, sin embargo, á este autor. La crítica nos lleva á dar por sentado que Plinio sacó sus datos de Cratevas, contemporáneo de Hipócrates, y que la obra de Pedanio ó Pedacio Dioscórides Anazarbeo no ha sido sino un nuevo arreglo del tratado de Cratevas.

Los botánicos árabes aprovecharon esta compilación ó enciclopedia de materia médica y la aumentaron considerablemente.— Abul-Abbas-en-Nebaty, Iban-el-He-djadj, Abdallah-ben-Saleh son botánicos árabes cuyos nombres ha conservado la historia por el recuerdo que nos merecen; y Ibn-el-Beithar (1200 de nuestra era) escribió el *Djami-el-Moufridat* ó *Tratado de los Simples*, cuyo manuscrito se acaba de publicar (1878-83) en tres volúmenes, y que nos demuestra una filiación perfectamente derivada de los libros griegos de la antigüedad.

El *Dioscórides* ha sido durante la Edad Media, y aun hasta el siglo pasado, el libro fundamental de la materia médica. Este autor no era médico y sus prescripciones son muy poco racionales; algunas llaman sin duda la atención, pero las más son fútiles. En efecto, ciertas plantas son aconsejadas para curar indisposiciones leves, y, en cambio, para enfermedades graves opone remedios que hoy sabemos están desprovistos de energía y que él prescribe, sin embargo, como tópicos ó aconseja como amuletos.

De las 400 plantas de Teofrasto y de las 600 descritas por Dioscórides, decía Tenefort que apenas se podían caracterizar unas 80 ó 100, á causa de la imperfección é insuficiencia de sus descripciones. Trataron de remediar estos defectos sus comentadores, el sienés P. A. Mattioli y el español Laguna, anotando profusamente é ilustrando el texto original con adiciones, que hacían de la obra algo nuevo, adaptándola á los progresos de la época.

El *Dioscórides*, con los comentarios de Mattioli y Laguna, ha servido de *vade-mecum* á los médicos y herbolarios que han llevado por el Nuevo Mundo su ciencia rara vez, pero siempre la obra eficaz y benéfica del empírico, que es tanto mejor cuanto menor iniciativa manifiesta; los reformistas empíricos son y han sido siempre calamidades sociales.

Los más sagaces, al investigar las propiedades de las plantas, les asignaban los nombres dados por Mattioli ó Laguna; si no hallaban similitud de acción, las describían con el nombre de la planta europea adornada del adjetivo *índica*.

Para ellos no fueron de poca importancia, en estos estudios, los datos que recogían de la experiencia de los aborígenes, datos que debían obtener con mucho sigilo y muchas precauciones y astucias, para vencer el natural recelo de los desconfiados indios; que lo eran tanto más cuanto mayores habían sido los vejámenes que sufrieron por la brutalidad de los conquistadores.

La historia de los trabajos sobre plantas medicinales de América podemos resumirla brevemente con los datos siguientes:

Entre los tripulantes de la nao *Santa María* figura el *Maestre Alonso, físico, de Moguer*, quien fué sin duda el primer médico que pisó con Colón la tierra americana.

En la relación de su primer viaje, Colón menciona varios árboles y trata de relacionarlos con los de las Indias Orientales, á las que creía haber llegado. Buscó en vano la canela y otras especies. Pero desde ese viaje notó que muchos indios andaban con tizones de yerbas en las manos, que usaban á guisa de zahumerios, fuma-

dores sin duda: observaron por primera vez el maíz, los ajíes y gustaron de las batatas.

En el segundo viaje del año siguiente fué con Colón el médico Diego Álvarez Chanca, de Sevilla, quien escribió al ayuntamiento acerca de algunos vegetales observados.

Américo Vespucio, el calumniado usurpador inconsciente de la gloria de Colón, menciona en sus cartas varias plantas útiles desconocidas entonces.

En el tercer viaje de Colón se descubrió el jengibre, el palo *brasil*, nombre que tenía en la India y que lo comunicó á esta región de América, y una especie de canela.

Pedro Martir de Anghiera, primer cronista de la América, resumió los datos sobre vegetales, entresacándolos de las relaciones escritas y verbales de los conquistadores mismos.

Fernández de Enciso, en su *Suma de Geografía*, entre otras plantas, hablaba hasta del fantástico *árbol del agua*, que lo figuraba con lámina proveyéndola á chorros, fábula que ahora queda reducida á la modesta laurínea *Oreodaphe fœtens*, de Nees.

Las *Cartas de relación* de Cortés aumentaron los datos, si no los conocimientos acerca de algunas plantas de México.

Las relaciones históricas de Cieza de León, Agustín de Zárate y Alvar Núñez Cabeza de Vaca hicieron otro tanto. Mientras tanto, no sólo las noticias sino las plantas mismas se llevaban á Europa y eran objeto de curiosidad y estudio. Un médico de Sevilla, Nicolás Monardes, publicaba en 1569 un tomo (al que luego siguieron otros): *Sobre las cosas que se traen de nuestras Indias occidentales*.

Aunque el autor no había visitado las Américas, aprovechó, sin embargo, con los criterios de su época, los conocimientos obtenidos, que importaban novedad para el mundo científico y describió muchas plantas americanas hasta entonces desconocidas.

En el mismo sentido trabajaron J. Fragoso, en sus *Discursos de las cosas aromáticas*, Madrid, 1572; García del Huerto, *Aromatum*

et Simplicium apud Indos nascentium historia; Cristóbal de Acosta, *Aromatum et medicamentarum in or. Indias nascentium;* unos y otros describieron plantas americanas confundidas con las de las verdaderas y primitivas Indias, pues esta América también se llamaba *Indias* entonces, y por muchos años más, en España.

Los cronistas en verso, como A. Ercilla, Oña, Álvarez de Toledo, Mendoza Monteagudo, Juan de Castellanos, celebraban las virtudes de algunas plantas. Nuestro primitivo cura-poeta, el arcediano don Martín del Barco Centenera, cuyos versos nos hacen aún sonreir, en su *Argentina*, describe plantas americanas. Hablando del *Mburucuyá ó flor de la Pasión* la señala en esta estrofa :

Figúranse los doce consagrados
De un color verde y amarillo.
La corona y los clavos tres morados.

Aún más característica es la descripción que hace de la Mimosa :

Un árbol hay pequeño de la tierra,
Que tiene rama y hoja menudita ;
En tocando la hoja, ella se cierra
Y en el punto se pone muy marchita.
Yo he visto, yendo veces á la guerra
Por los campos aquesta yerbita,
Caycobe se llama, y es tenida
Por viva yerba, y nómbranla de vida.

Nuestro buen cura hace una observación exacta, la ausencia de árboles en la Pampa, cuyo arraigo lo compara al amor de las mujeres en estos curiosos versos :

...Aquesto bien podemos
Probar, que árbol alguno no sotierra
Sus raíces, aunque sea de grandeza ;
Pues ¿cómo la mujer tendrá firmeza?

Podriamos multiplicar, con fácil erudición, los ejemplos de plantas americanas descriptas por los primeros historiadores, conquis-

tadores, viajeros y *mentirosos* de profesión que han recorrido esta América, describiendo á su manera y placer esta parte del mundo y dándonos á conocer algunas de sus riquezas naturales, usando unas veces de conocimientos reales y buena intención, que debemos agradecer, otras cayendo en exageraciones deplorables que debemos rechazar.

Voy á limitarme á hablar de algunos observadores de verdadero mérito y cuyas obras son fuente de conocimientos reales para la flora médica americana.

El primer puesto lo ocupa Francisco Hernández.

El doctor don Francisco Hernández, natural de Toledo, médico de cámara de Felipe II, fué un hombre de un mérito sobresaliente. — Á los 50 años de edad, en compañía de un hijo suyo, llegó á México en septiembre de 1570 con el encargo del rey de hacer un estudio de la historia natural del país con referencia á la medicina. Empleó siete años en el desempeño de su comisión. Con escasos recursos y aun á riesgo de la vida, recorrió el país haciendo continuos viajes y realizando la obra sin desmayos y con gran desinterés. Describió y sacó dibujos de las plantas y animales de México; más, valido de su título de protomédico hizo probar en los hospitales la eficacia de las medicinas que se le señalaban. Se embarcó de regreso para España después de siete años de constante labor, llevando diez y seis volúmenes de texto y estampas iluminadas, en los que se contenían sus trabajos de historia natural; otro volumen trataba la descripción de las antigüedades y costumbres de los indios. Escribió su obra en latín, tradujo él mismo una parte al español y otra fué vertida al mexicano. De todo dejó copias en México, las que han desaparecido. Llegado á España, Hernández sufrió el golpe más sensible para un autor. Su obra no fué publicada, y los manuscritos sepultados en la Biblioteca del Escorial; murió nueve años después. En esta misma época, el Rey ordenó á su médico de cámara, Nardo Antonio Recchi, de Montecorvino, protomédico del reino de Nápoles, que formara un compendio de la obra de Hernández, extractando lo más curioso para

la medicina. Este trabajo fué olvidado con la muerte de su autor. El príncipe Federico Cesi, de Roma, que había fundado en 1603 la célebre *Academia dei Lincei*, emprendió la publicación del manuscrito de Recchi, cuya impresión se terminó en 1628 bajo el título : *Rerum medicarum Novæ Hispaniæ Thesaurus*. Habiendo muerto Cesi en 1630, los académicos linceos sólo publicaron la obra de Recchi en 1651 (1), agregándole algunas *tablas phylosophicas* que el príncipe Cesi había compuesto como complemento, un comentario de Juan Fabri sobre los animales de México, y otro de Fabio Colonna sobre las plantas.

Pero la obra de Hernández había sido publicada en español en México, el año 1615, en un tomo en 4° de 205 folios.

Un lego del convento de Santo Domingo de aquella ciudad, ocupado en la asistencia de los enfermos del Hospital de Huastepec, había podido experimentar y comprobar las virtudes de las plantas descriptas en una copia manuscrita del *Compendio de Recchi* revisado por el doctor Francisco Valle y que había llegado á México *por extraordinarios caminos*, como dice. La tradujo, le hizo correcciones y la publicó bajo el título : *Quatro libros de la naturaleza y virtudes de las plantas y animales que están recevidos en el uso de Medicina en la Nueva España y la Methodo y correccion y preparacion que para administrarlas se requiere, con lo que el doctor Francisco Hernández escrivió en lengua latina... Traducido y aumentados muchos simples y compuestos, y otros muchos secretos curativos por F. Francisco Ximénez*. México, 1615.

Otro compendio de la obra de Hernández había sido hecho por el P. J. E. Nieremberg, para su libro *Historia naturæ maxime peregrinæ*, que publicó en 1635.

¡ El incendio del Escorial en 1671 redujo á cenizas la Biblioteca y los originales de Hernández !

(1) Algunos bibliófilos han afirmado que existen dos ediciones de esta obra : una de 1630 y otra de 1651 ; pero S. Proja ha demostrado que son una misma *Atti dell' Accademia Pontificia dei Nuovi Lincei*, 1860, pág. 441.

Se creían perdidos para siempre, cuando Juan B. Muñoz descubrió en el convento de los jesuítas de Madrid una copia (sin los dibujos), y que Carlos III mandó imprimir. Desgraciadamente, después de la muerte del Rey, don Casimiro Gómez y Ortega sólo pudo publicar tres tomos: *Francisci Hernandez : Opera cum edita, tum inedita*, Madrid, 1790. Quedaron sin publicar dos tomos, á causa de los sucesos políticos de aquellos años. — A pesar del lujo tipográfico de la edición, es de deplorar que el botánico Gómez y Ortega no se haya cuidado de dar los nombres científicos de las plantas de Hernández, poniendo la obra á la altura de la época de esa publicación.

El padre José Acosta (1539-1600), de la Compañía de Jesús, residió quince años en el Perú y á su regreso á España publicó en 1590 una *Histora natural y moral de las Indias*, que tuvo la fortuna de ser uno de los libros más estudiados y conocidos en su época.

Á causa de la guerra que sostenían con el Brasil los holandeses, éstos resolvieron enviar en 1637, con 32 bajeles, 6000 hombres al mando del conde Juan Mauricio de Nassau. Á esta expedición se agregaron tres hombres de ciencia: el médico Guillermo Pison, holandés, y los jóvenes Jorge Marcgrav, de Liebstadt, y H. Cralitz, también alemán. Los dos primeros debían ilustrar sus nombres con trabajos que aún las ciencias naturales mencionan agradecidas; el último murió al llegar.

Los resultados de sus investigaciones y estudios en el Brasil han sido publicados en dos obras:

1ª *Historia Naturalis Brasiliæ, ausp. et benef. Ill. I. Mauritii, Comitri Nassoriæ*, fol. Amsterd., 1648 (Elzev.).

Contiene cuatro libros de Guillermo Pison sobre la medicina brasileña y ocho libros de J. Marcgrav sobre la historia natural del Brasil; hay un apéndice de J. de Laet.

2ª *Guglielmi Pisonis, Med. Amsteledamensis: De Indiæ utriusque Re Naturali et Medica*, fol. Amst., 1658 (Elzev.).

Esta obra contiene: seis libros escritos por Pison, revisando su

primera publicación, dos libros de J. Marcgrav y seis libros de Jacobo Bontio, que son un comentario de la *Historia Natural* de los autores mencionados. Los manuscritos de Pison y Marcgrav, con sus figuras originales coloreadas, quedaron de propiedad del príncipe de Nassau, quien al morir en 1679 los legó á la Biblioteca Real de Berlín. En ella existe (en la sección manuscritos, A, 35) bajo la denominación « Liber Principis ». Las obras de ambos naturalistas, que fueron los primeros que ilustraron el Brasil, lo mismo que el *Liber Principis* citado, han sido ampliamente estudiados y comentados por el célebre Cat. Fed. Phil. von Martius en sus estudios sobre el Brasil, y principalmente en el *Systema materiæ medicæ vegetabilis Brasiliensis*. Leipzig, 1843, que tendremos ocasión de citar frecuentemente en el curso de este escrito. No puedo dejar de mencionar una obra de un insigne jesuíta, el padre Bernabé Cobo, quien residió en América 57 años, desde 1596 á 1653. La había dejado manuscrita y se titulaba: *Historia del Nuevo Mundo*. Por fortuna, el erudito americanista D. M. Jiménez de la Espada la ha publicado incompleta tal como se tiene, en cuatro lujosos volúmenes, por cuenta de la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, Sevilla, 1890-95. Los libros 4°, 5° y 6° de dicha historia traen la descripción de todas las plantas que pudo conocer el autor en su larga permanencia en América.

Muchos botánicos que la conocieron, y especialmente Cavanilles, que había publicado en 1804 algunos extractos, hacen grandes elogios de la *Historia* del padre Cobo, y evidentemente los merece, si se tiene en cuenta la época en que el autor la escribió.

Llegamos á la época de Carlos III. Este gran monarca y sus consejeros, que la historia recuerda con agradecimiento, tuvieron la intuición de sus deberes. Prepararon los estudios en España y organizaron la « Gran expedición Botánica » que debía dar á conocer la flora americana: ¡ un estudio completo de las plantas útiles y medicinales de medio mundo ! Cuatro comisiones se desempeñaron, en la forma que vamos á expresar.

La de Nueva Granada tuvo por jefe al célebre padre José Celestino

Mutis, que en 1783, época de su nombramiento, residía desde trece años antes en el país, habiéndose distinguido por sus estudios botánicos. Mutis coleccionó historias, dibujó plantas, las describió, y sobre todo enseñó y formó á botánicos del país: Caldas, Zea, Mutis, Valenzuela, Rizo, Lozano fueron sus discípulos. Á su muerte, acaecida en 1808, se confió la dirección á un sobrino suyo, Mutis también. Al estallar la revolución, los botánicos abrazaron todos la causa de la independencia, sufrieron prisiones y tres de ellos el martirio, fueron fusilados. El general Morillo, en 1816, hizo rematar *los bienes secuestrados en la casa de la Botánica*, y lo que quedó fué encajonado y enviado á Madrid. Una parte de la obra de 33 años de trabajo, que habian admirado Bompland y Humboldt, se salvó: Colmeiro nos hace saber que existían en Madrid, en el Jardín Botánico, más de 6000 dibujos, en gran parte coloreados, y 2800 plantas, material en su mayor parte inédito. Del trabajo de Mutis sólo se salvaron para la ciencia las descripciones que había enviado á los Linneos, padre é hijo, y el *Arcano de la Quina*, obra de tal importancia que ha sido reimpresa.

Hipólito Ruíz y José Pavón, por otra parte, recorrieron el Perú y Chile durante los años 1778-88, acompañados de Dombey, hasta 1784. Tuvieron por dibujantes á Gálvez, Brunete y Pulgar. Á su regreso á España publicaron tres volúmenes de la *Flora peruviana et chilensis*, en 325 láminas. ¡Pero quedan aún en el Jardín Botánico de Madrid, por publicarse, más de 1600, todas iluminadas, pues lo recolectado abarcaba unas 3000 plantas!

Separadamente, Ruiz y Pavón publicaron un *Prodromus*, en 1794 (tomo I), comprendiendo los géneros, y además H. Ruíz una *Quinología* y varias monografías sobre vegetales indígenas, los que tendremos que citar más adelante.

El jefe de la expedición para México fué Sessé, quien con Cervantes y principalmente con Monciño, durante ocho años (1795-1804), recorrieron la parte de la América Central, incluyendo sus islas. Los resultados fueron una colección de plantas secas que desde 1820

existía en el Jardín Botánico de Madrid y tres gruesos tomos de manuscritos sobre la flora mexicana, que permanecen inéditos. Se perdieron en Barcelona, en mano de los herederos de Monciño, 1400 dibujos. De esa expedición, De Candolle apenas aprovechó unos 305 duplicados.

Pineda y Nee, á los que se unió después Tadeo Haenke, en la expedición dirigida por Malaspina alrededor del mundo en 1789, fueron á Filipinas. Allí murió Pineda en 1792. Nee regresó á Madrid, trajo su material filipino y americano, que utilizó Cavanilles en algunas publicaciones. Haenke se estableció en el Perú, residió en Cochabamba, hizo numerosos estudios de los productos naturales del país y murió envenenado accidentalmente en 1817. Una parte de sus trabajos fueron publicados en 1830-36 por Presl, de Praga, bajo el título de *Reliquiæ Hænkeanæ*.

Además de estas cuatro comisiones, cuyos resultados hemos enumerado, se mandó también á Boldo á la isla de Cuba, pero se malogró esta expedición por haber muerto el jefe en 1799.

Sería ahora el momento de hablar de las publicaciones de los exploradores Humboldt y Bompland, del chileno Molina, de los brasileños Velloso y Arruda Cámara, del neogranadino Triana y de los viajeros Martius y Poeppig, que hicieron conocer á Europa las riquezas botánicas de este continente. No hablo de los más modernos, como R. de Grossourdy y Wedell, pues sus obras están en manos de todos los que se ocupan de la materia. El análisis de estas obras, aunque fuera somero, daría una extensión desmedida á este escrito.

II

Los historiadores del Río de la Plata (Lozano, Guevara, etc.), los viajeros (Azara, Demersay, Martin de Moussy, etc.), hablan todos con admiración unas veces, y con curiosidad é interés siempre de los *Herbarios de las plantas medicinales de Misiones* hechos por

los padres jesuítas y transmitidos manuscritos de reducción en reducción, de convento en convento.

El crédito que han gozado entre nosotros, de dos siglos á esta parte, los ha rodeado de una aureola que nunca falta á todo lo desconocido y aun más á lo que se conoce imperfectamente. Los curanderos de la época colonial y aun nuestros médicos viejos, les atribuían grande importancia, á tal punto que se copiaban y volvían á copiar sigilosamente, transmitiéndose y transfiriéndose esas copias como algo sagrado que merecía todo respeto. Las recetas de estos *Herbarios* se copiaban sueltas y se conservaban en las familias. En el espacio de un siglo nuestras publicaciones periódicas han registrado uno que otro artículo sobre las *virtudes de la yerba tal ó cual* de nombre guaraní, agregando como recomendación especial: *¡ Secreto de los jesuítas !*

Muchas veces nos hemos preguntado ¿ será real este mérito que se atribuye á los manuscritos sobre las plantas de Misiones? ¿ No será acaso manifestación de la tendencia de asignar propiedades maravillosas á lo que no conocemos ?

¡El corazón humano tiene una predisposición extraordinaria á vibrar al unísono de lo fantástico cuando se pulsa esta cuerda!

¿Quién no se encanta al oir referir esos cuentos de hadas bienhechoras, de curaciones extraordinarias?

Si no son verdad, se desea que lo fueran, y hay en el fondo del alma un profundo respeto para todas esas maravillas.

¡ Y luego, esto provenía de la Compañía de Jesús !

Los jesuítas, aparte de sus máximas y propósitos, como los de todas las sociedades más ó menos secretas en su organización y funestas por sus resultados, fueron los religiosos más instruídos y más morales entre los que civilizaron la América.

De esta conducta y acción eficaz dan fe escritores imparciales como Jorge Juan y Antonio de Ulloa en sus *Noticias Secretas* (pág. 528) y *casi* todos los viajeros que recorrieron la América en la época anterior á la conquista.

Los padres de la Compañía eran *misioneros de la fe y de la civilización*, y, con muy raras excepciones, todos los que componían la Compañía cumplían sus deberes con abnegación y hasta con el sacrificio personal cuando éste era necesario. Los historiadores contemporáneos que tratan de reconstruir la *Historia crítica* de la América colonial encuentran en los escritos *de sus hombres* los datos más verídicos é imparciales de aquella época desgraciada é incivil. En circunstancias especiales hubieron de oponer hasta sus fuerzas materiales para sostener sus ideas, fueran éstas erradas ó justas, siempre con un propósito firme que obedecía á las ideas políticas que sustentaba la Compañía, poderosa en Europa y omnipotente en algunas regiones del mundo.

Engreídos por su propia popularidad y poderío, que era para ellos un hecho real y evidente, cometieron errores políticos, suscitaron las desconfianzas de los gobernantes, de los reyes y hasta de los papas.

Apoyados en la fórmula *Sint ut sunt aut non sint*, desaparecieron como orden.

Á esta época de su mayor poderío, se refieren los herbarios que hicieron en las Misiones de las *provincias del Paraguay*, en donde *eran médicos de almas y de cuerpos y aun enfermeros, aplicándoles los remedios*, pero también *señores absolutos* de millares de indios que tenían sometidos al trabajo y á una civilización especial en estas apartadas regiones del mundo.

No es mi propósito tratar de esa época desde el punto de vista político, y sólo me refiero á ella en lo que importa á nuestro tema.

Los *Herbarios de las Plantas de Misiones* han tenido el privilegio de llamar la atención, como hemos dicho, de los historiadores y viajeros, que han hablado de ellos y hasta han señalado los nombres de sus autores, jesuítas todos. Lozano da como autor de uno de ellos al hermano Pedro de Montenegro; Guevara hace una enumeración de 86 plantas medicinales en su *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* (página 73, 1ª edición.

colección de Angelis, tomo II, 1836, edición incompleta; 2ª *completa*, en el texto, sólo tomo I. Buenos Aires, 1882) que le fueron comunicados por el P. Bernardo Nusdorffer, *sujeto curioso, antiguo y diligente en observar los prodigios de la naturaleza* : SU AUTOR ES EL P. VENTURA ZUÁREZ, *tan puntual en sus cálculos astronómicos, como curioso y diligente de las noticias de buen gusto y en seguir el curso de la naturaleza en sus delicadas y prolijas reflexiones* (1).

El padre Martín Dobrizhoffer, que residió 22 años en las Misiones y publicó la *Historia de Abiponibus*, Viena, 1784, en el tomo I, páginas 382-473, describe 96 plantas, por las noticias recogidas personalmente y datos que le había proporcionado el padre Tomás Falkoner. Este padre Falkoner es el mismo Falkner que á la edad de 60 años fué expulsado con sus compañeros, incluso el mismo Dobrizhoffer, que tenía 49, y embarcado en la fragata *Venus* en septiembre de 1767; es por otra parte muy conocido por su descripción de la Patagonia (Colección de Angelis, tomo I).

Azara, como veremos luego, menciona al jesuíta Segismundo Asperger como autor de otro herbario de Misiones.

Demersay, al hablar del libro de Montenegro, cita otro *herbario* del padre *Sigismondi* (debe ser el mismo de Segismundo Asperger) y cita un ejemplar de un manuscrito de plantas, de 1735, titulado *Arbol de la Vida*, que poseía el doctor E. da Sylva Maia, de Rio de Janeiro, que muy probablemente es un manuscrito idéntico á los citados.

De estas referencias se deduciría que los herbarios misioneros son muchos y diferentes entre sí. Sin embargo, nada más errado que esta opinión, como veremos luego, pero que se ha mantenido hasta el presente por falta de un estudio comparado de todos ellos. Pero esto á la verdad era imposible realizar tampoco, pues permanecían inéditos, y las copias no se encuentran con frecuencia á la disposi-

(1) El padre Nusdorffer era Provincial del Paraguay en 1745 MURATORI, *Il cristianesimo felice nelle Missioni del Paraguay*, 2ª parte, página 100

ción de los que estudian. Por las citas que hemos hecho y otras noticias que daremos en seguida se verá que no era fácil conseguirlos.

El *único* de ellos que ha sido publicado pertenece á la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, y una copia de él fué sacada por don Manuel Ricardo Trelles, y apareció en la *Revista Patriótica*, que este bibliófilo y bibliómano argentino editó en Buenos Aires, en 1888, en los tomos 1° y 2°.

Desde 1872 hemos tenido la fortuna de poseer un ejemplar del *Herbario* del padre Segismundo Asperger, que habíamos sacado de un manuscrito perteneciente al doctor don Juan María Gutiérrez.

Durante el año pasado llegaron por casualidad á mis manos otros dos *Herbarios* manuscritos de plantas misioneras.

Uno de ellos fué traído en 1868 del Paraguay, por el doctor Miguel Gallegos, y me fué proporcionado hace pocos meses por el doctor don Pedro Mallo. Otro, perteneciente á la biblioteca del antiguo presidente de la Facultad de Medicina doctor don Juan José Montes de Oca, me fué regalado por su hijo, mi amigo el doctor don Leopoldo Montes de Oca, hasta hace poco Decano de la Academia de Medicina.

La letra esclarísima, tipo español moderno; las *a* y las *e* minúsculas miden ordinariamente poco menos de dos milímetros de altura por dos de ancho, las *l* y las *t* tienen tres milímetros de altura; las páginas tienen 29 renglones de escritura.

La tinta es de un negro intenso, sin signos de alteración visible hasta ahora, y por una mancha de agua, en la página 388, parece de base de campeche.— El libro manuscrito tiene 148 láminas dibujadas á pluma, que se han pasado delicadamente sobre un dibujo preliminar hecho con lápiz. Tiene en la portada una imagen de la virgen de los Dolores, groseramente dibujada á lápiz y cuyo manto ha sido pintado con tinta china. Lleva la fecha de 1710, pero este dibujo es moderno, y, evidentemente, como el manuscrito mismo, no se remonta más allá de la mitad de este siglo.

Este manuscrito fué copiado y publicado, sin las láminas, por don Manuel Ricardo Trelles, en los tomos I y II de la *Revista Patriótica*, Buenos Aires, 1888. Ocupa 56 páginas del tomo I y 299 páginas del tomo II. Hay que agregar unas 44 páginas más que corresponden á los índices, y que están englobadas en los de la *Revista*.

De los cotejos que hemos hecho del manuscrito con la impresión de la *Revista*, resulta ésta fiel y conforme al original.

El señor Trelles sólo ha omitido la publicación de una *Tabla de las enfermedades que curan los simples que contiene este libro;* que ocupa 13 páginas del manuscrito. Este índice representa un trabajo laborioso en extremo del copista y sólo importante para el que consulta este original. Si se hubiese hecho lo mismo en la impresión de la *Revista*, hubiese exigido igual labor, á la que no están habituados nuestros bibliófilos, y, por otra parte, de importancia muy discutible.

Las copias del libro del hermano Montenegro deben haber sido muchas, y repartidas en el Paraguay, en las Misiones y aun en Europa.

A. Demersay, en su *Histoire physique économ. et politique du Paraguay*, Paris, 1865, tomo II, página 134, habla de un manuscrito del padre Montenegro escrito en 1750 (?) y que poseía don Pedro Ferré en el Paso del Uruguay. Lo describe como un volumen grande, en 8°, de 395 páginas manuscritas, dividido en dos partes: la primera que trata de los árboles y arbustos, la segunda de las yerbas, raíces comestibles, etc., etc.

Agrega que está escrito en español y adornado de dibujos á pluma que dan una idea muy imperfecta de los vegetales que representan.

En posesión de tres manuscritos y del perteneciente á la Biblioteca Nacional, que he podido consultar con entera libertad y holgura, merced á los buenos oficios del director, don P. Groussac, me he creído habilitado para hacer un estudio detallado de los manuscritos mismos, de sus autores supuestos ó reales, estudiándolos en conjunto; estudio que espero hará ver los *Herbarios* de Misiones bajo una nueva faz.

III

El manuscrito, que designaremos A, del hermano Montenegro (1), que posee la Biblioteca Nacional, constituye un volumen recientemente encuadernado en pergamino, con cantos recortados y dorados; consta de 42 páginas sin numeración y 416 numeradas. Las páginas miden 207 milímetros de altura por 162 de ancho. La porción escrita y encuadrada por líneas con lápiz mide 168 milímetros de alto por 127 milímetros de ancho.

(1) Los datos que se tienen del padre ó hermano Pedro Montenegro son muy escasos. Su nombre aparece por primera vez en la obra sobre *El Chaco Gualamba*, del padre don Pedro Lozano, en la página 27: «el H. Pedro de Montenegro, eminente cirujano y herbolario en esta nuestra provincia del Paraguay y que tuvo increíble azierto en la medicina enseñado de su grande aplicación y mucha experiencia. En un tratado que escribió de las plantas y árboles de estas provincias... »

Del mismo texto de su libro se deduce que vino de España á la provincia jesuítica del Paraguay por el año 1679, pues en el 1710, cuando al parecer terminó su obra, hacía 25 años que residía en América.

Él mismo nos dice (página 329) que el año 1702, pasó de enfermero á las Misiones y llegó con el padre Tomás Moreno al pueblo de los Apóstoles.

Figuró en la toma de la Colonia, para cuya empresa, como es sabido, los jesuitas condujeron á Buenos Aires 4000 indios guaraníes, bien armados, y según un certificado de don Andrés Gómez de la Quintana, capitán de una compañía de caballos corazas, fechado en Buenos Aires á 29 de Noviembre de 1705 (publicado por don F. Bauzá, *Historia de la dominación española en el Uruguay* (2ª ed.) I, 550) «entre ellos venían los hermanos *Pedro de Montenegro*, Joachin de Zubelia y Joseph Brassaneli, *cirujanos para curar heridos* ».

El señor Francisco J. Bravo, en la colección de documentos relativos á la expulsión de los jesuitas del Paraguay, Madrid, 1872, página 277, registra una *carta del gobernador de Buenos Aires al conde de Aranda, remitiéndole el testimonio de las declaraciones recibidas al cacique don Nicolás Ñenguirú y otros indios de los pueblos guaraníes, sobre las hostilidades cometidas por los jesuitas en los mismos.*

En el citado documento declara Alberto Caracará, corregidor del pueblo de San Lorenzo, que los jesuitas levantaron un ejército de indios bajo el mando de Pablo Vera, para combatir al obispo Cárdenas; que hacían junta de hacienda cimarrona, que un año juntaron 55 000 y otro 40.000, que la llevaban á los pueblos de la cabecera del Uruguay, y precisamente menciona entre los tres jesuitas encargados de recibirla al padre *Pedro Montenegro*.

El papel es de algodón liso, sin marcas especiales, y de un espesor de 8/100 de milímetro.

Ver p. 434 y 435.

Sabemos, por investigaciones hechas por el doctor don Martín Spuch, que existe en la biblioteca del duque de Osuna en Madrid (1) un ejemplar de la obra del hermano Montenegro, que es « un in-folio manuscrito, de letra del siglo XVI *(Debe ser XVIII)*, clara y bien perfilada, consta de 357 páginas y tiene intercalados 152 dibujos de vegetales *(cuatro más que el manuscrito de la Biblioteca Nacional)* hechos estos dibujos á pluma con sorprendente exactitud y limpieza (en esto consiste á mi ver el mérito de este manuscrito) ».

El título de la obra es :

« *Libro compuesto por el Hermano* PEDRO DE MONTENEGRO, *de la Compañía de Jesús. Año de 1711. En las Misiones del Paraguay.* — Dividido en dos libros, en el primero se trata de la propiedad y virtudes de los árboles y de las plantas menores como matas ó mathorrales y enredaderas. En el segundo, de las yerbas y raíces comestibles. El primer libro tiene estampas y capítulos en que doy noticia de otras varias especies diversas. El segundo, estampas y capítulos con varias tablas y avisos necesarios para su inteligencia ».

Está dedicado : Á LA SERENÍSIMA REYNA DE LOS SIETE DOLORES.

Aparte de omisiones que deben atribuirse á copistas, cambios de fechas, mayor ó menor número de figuras ó dibujos, así como la circunstancia de carecer el manuscrito de nuestra Biblioteca Nacional de la división en *dos partes* que se señalan en ambos manuscritos citados ; el índice de los *nombres guaraníes* de las plantas tratadas en el manuscrito de la biblioteca de Osuna, comprueba que se trata evidentemente de la misma obra y de un ejemplar muy semejante.

En el de nuestra Biblioteca Nacional hay adiciones que seguramente pertenecen á un *copista moderno*, como esta de la página 123:

(1) Carta del doctor Spuch al doctor Domingo Parodi, publicada en la 2ª edición de sus *Notas sobre plantas usuales del Paraguay*. Buenos Aires, 1886.

«¿ Qué dicen los doctorcillos médicos del día á estas curas admirables de los médicos antiguos? Se reirán, no hay duda, porque con tales yuyos no hay necesidad de los tormentos de las mentadas operaciones... »

Esta observación se hace á propósito de una cura hecha por la infusión de « mboy caá », en un individuo sobre cuyo cuerpo había pasado una rueda de una carreta cargada con 160 arrobas de peso!

Por lo que se refiere á las figuras del libro del hermano Montenegro, se echa de ver desde luego que *no son originales*, es decir hechas sobre las plantas que el autor dice haber tenido á la vista y copiadas *d'après nature*.

Aun teniendo en cuenta que el ejemplar de la Biblioteca Pública representa una copia de una época reciente, hecha sobre un original con dibujos primitivos, éstos no son, ni han sido originales en gran parte.

Desde luego lo eché de ver, al recordar las obras de Pison y Marcgrav, que he revisado frecuentemente y que poseo en mi librería: *Historia Naturalis Brasiliæ* (Elzevir), in fol., 1648, que he citado; pero luego leyendo el texto de Montenegro he visto que éste, después de haber escrito ó agregado mucho á los *Herbarios* de la Compañía, que él comentaba y aumentaba con sus observaciones, tuvo entre manos la segunda obra de Guillermo Pison, *De Indiæ utriusque Re naturali et medica*, Amsterdam, 1658 (Elzevir), in fol., con el comentario de Bontio; y sin decirlo ha copiado las láminas que figuran en las páginas del manuscrito que señalo y que me he tomado el trabajo de cotejar una por una, hasta que de aburrido abandoné la estéril tarea, en la convicción de que lo que no había comprobado habría sido copiado de algún otro texto, probablemente los comentarios de Mattioli ó Laguna al *Dioscórides*, que ha sido la guía ó *vade mecum* de los jesuítas herbolarios de todo el mundo.

Las figuras copiadas de la obra de Pison, *De Indiæ ut. Re nat. et med.* citada, pertenecen á las páginas siguientes: 308, 122, 146, 158, 146, 247, 261, 133, 231, 157, 118, 123, 143.

Del Comentario de Bontio las de las páginas 96, 94, 95.

De la *Mantissa Aromática* del mismo Pison, páginas 189, 227, 198, 165, 177, 179, 180, 181, 183.

Algunas figuras han sido alteradas; cuando había dos dibujos de una misma planta, se ha agregado una particularidad de la segunda en un extremo de la primera, sin dejar por eso de cumplir servilmente la copia de ambas.

En resumen, la única originalidad que encuentro en las figuras del manuscrito de la Biblioteca Nacional consiste en haber agregado, por vía de adorno ó ilustración, angelitos, pájaros, tigres y otras alimañas, á las plantas que el dibujante reproducía con un servilismo digno de mejor empleo.

El hermano Montenegro no dice nunca de dónde ha sacado sus figuras. Sólo en la página 227, hablando del árbol de los tamarindos, agrega: «me pareció poner sus estampas copiadas de las obras de Guillermo Pison y de Jacobo Bontio, que escribieron en el Brasil».

Este único caso confesado ha sido copiado del comentario de Bontio, página 94.

Las demás copias las oculta.

IV

El manuscrito que llamaremos *B*, de S. Angel, forma un grueso volumen de 218 hojas, ó sean 436 páginas, ¡cosidas en cuadernos de ocho páginas!

Se hallaba *encuadernado* con una piel de novillo sin curtir, de 360 por 220 milímetros.

El volumen aparecía en deplorable estado de conservación. Las tapas estaban carcomidas por la humedad y la acción continuada del tiempo, que había acumulado también en su áspera superficie

capas de suciedad, sudor y polvo hasta darle un aspecto repugnante.

Las hojas son de un papel de hilo de marquilla excelente, pero carcomido por la polilla y deteriorado, sobre todo en la porción correspondiente al lomo del volumen, y á punto tal que las hojas se desprendían al abrirse el libro. El manuscrito no podía ser consultado sin peligro; al abrirse el libro se desprendían fragmentos de escrito y se exponía á cada instante su integridad.

Antes de proceder á su estudio, resolví entregarlo á un restaurador de conciencia y cuidadoso, quien me lo ha devuelto en una condición de seguridad aceptable. Reforzadas las páginas y reparados los agujeros de la polilla con papel transparente, constituye hoy un volumen encuadernado en pergamino, de fácil manejo y de una conservación asegurada por muchos años. Los márgenes no han sido tocados ni alterados en lo más mínimo.

Las páginas miden 155 milímetros de ancho por 215 milímetros de altura. Están escritas con una buena letra española del siglo pasado. La escritura es clara y la tinta en regular estado de conservación. El pendolista ha guardado en cada página márgenes regulares de 15 milímetros, formando cuadro alrededor de su escrito, lo que contribuye á hermosear el *manuscrito*.

Como hemos dicho, las tapas de piel de novillo se encontraban en estado deplorable de suciedad, y sólo se observaban rastros de escritura en el lomo. Lavado el cuero cuidadosamente y reforzada la tinta por inmersión en sulfuro de amonio, pudo leerse: *Plantas de las Misiones*.

En las páginas del libro no se nota pérdida de ninguna, pues la numeración se sigue desde la primera hasta la 360 sin interrupción.

Después hay 65 páginas más, sin numeración primitiva, pero que nosotros hemos completado con lápiz, del 361 al 435.

Nuestro manuscrito no tiene carátula ninguna, ni título, ni nombre de autor.

En la página 419 se lee esta nota textual, después de un *Finis coronat opus* :

« *Está fielmente copiado según lo hallé en otro manuscrito sin nombre del autor, y si ay algun hierro suplico al que lo leya que lo dispensse; porque yo siendo copiante no tengo entendimiento para enmendar una facultad que no entiendo, ni he professado. solo si como curiosso hize algunas pruebas de algunas plantas y me ban saliendo ciertas. — Pueblo de* SAN ANGEL. — *Mayo 3 de 1790.* »

Las páginas siguientes, de la 419 á la 435, así como las 367 y 368, están todas escritas con letra diferente y contienen un texto informe é incongruente, una especie de *glosario* ó *calepino*, como en alguna parte así se le llama. Es obra del poseedor del manuscrito en otra época, probablemente un señor don BERNARDO FONTANES, cuya firma se registra en el fondo de la página 433.

Desde la página 1 á 358 comprende la copia del *Herbario* del padre Montenegro, publicado por el señor Trelles; desde las pági-ginas 361 á 366 hay un *índice* alfabético de las plantas descritas.

Desde la página 369 á 419, hay un « *Breve resumen de las virtudes de todas las plantas de este libro según el orden de la antecedente tabla* ».

Así se titula esta parte del manuscrito.

Vamos á comparar el manuscrito *B*, de S. Angel, que nos ocupa, con el de la Biblioteca Nacional.

En primer lugar, nuestro manuscrito está dividido en dos libros, pues en la página 161 se lee:

« *Libro segundo de las yerbas y raíces medicinales y comestibles de estas Misiones y Paraguay con algunas del Brasil y provincia de Chile.* »

Esta división había sido establecida por el hermano Montenegro, como consta de las referencias que hemos hecho de los manuscritos de Ferré y del duque de Osuna; no la tiene, sin embargo, el manuscrito de la Biblioteca Nacional.

El nuestro la conserva aún como rastro de la voluntad del autor.

El manuscrito nuestro, de S. Angel, contiene la descripción de 116 plantas, y aunque en el texto se hace referencia á figuras interca-

ladas no hay ninguna de ellas. El manuscrito de la Biblioteca Nacional describe plantas, pero á este respecto no hay que prestar mucha atención, pues el copista ha englobado en los capítulos dos y más plantas, que en el de S. Angel se hallan separadas y formando capítulos separados.

En cuanto al orden como están colocadas, las descripciones varían completamente de uno á otro manuscrito.

Hay supresiones y adiciones de algunas plantas en el manuscrito de la Biblioteca Nacional, como el gengibre ó galanga y los aguarundios *Isipó* (página 283).

En el mismo, el artículo sobre el Sándalo colorado (páginas 243 y 244) está completamente modificado y muy aumentado ; lo mismo el de las Virreynas (página 268).

Otros, como el de los árboles de la Copaiba (página 231), del Huime (página 235), y del Curis (página 239), están aumentados, con datos locales relativos á Misiones, que no existen en el manuscrito de S. Angel.

Es evidente, por otra parte, que el hermano Montenegro ha corregido y aumentado sucesivamente su obra con adiciones que sus experiencias diarias le sujerían. Son notables las dos adiciones siguientes, que existen en el manuscrito de la Biblioteca Nacional :

1ª Sobre una quinta especie de Arazá, « nace por las campañas y en grande abundancia sobre la Colonia de San Gabriel, de la qual me valí en unas cámaras de contagio que dió á los reales de los españoles é indios, á los quales fué único remedio su fruto, comido medio verde, que eran tantos los que los buscaban que no lo dejaron sazonar, y sus hojas hice hechar christeres »...

2ª Sobre las Guayabas : « y es así como lo tengo experimentado por lo que me sucedió sobre la Colonia de San Gabriel, con los indios que fueron por soldados á su desalojamiento : hay muy pocas de esta especie por el Uruguay, sólo en tierras de San Juan y San Angel, se hallan tal cual por las campañas, por hallarse muchas por el Paraná y el Paraguay ... »

V

Otro jesuita que ha gozado de una fama aún mayor que la del hermano Montenegro es sin duda el padre Segismundo Asperger.

Su *Herbolario* es popular en Misiones y el Paraguay, y numerosas copias han circulado. Nosotros poseemos una, hecha por nosotros sobre otra que pertenecía al doctor don Juan María Gutiérrez, quien nos la prestó, y que estudiaremos luego.

La primera obra que se ocupa del padre Segismundo Asperger es *Il Cristianesimo felice nelle missioni del Paraguay*, compilado por el célebre Ludovico Antonio Muratori.

En la segunda parte de su obra (página 99 de la edición de Venecia, 1752, que poseemos), transcribiendo una carta del padre Batschon, dice que en 1719 una epidemia terrible de viruela acabó con 17.000, indios, y agrega: «el padre Segismundo Asperger, parte con los remedios traídos de Europa y parte con las yerbas medicinales del país, cuyas virtudes y propiedades conocía muy bien, en Córdoba del Tucumán, había libertado de la muerte un gran número de personas, de modo que el obispo y la ciudad entera no se cansaban de exaltarlo y honrarlo y no le querían dejar salir».

El doctor don Juan María Gutiérrez me ha comunicado la siguiente transcripción, tomada por él de los manuscritos de Azara:

«El padre jesuíta Asperger, profesor de medicina en Hungría, ejerció esta facultad y la botánica en Misiones, donde murió de más de cien años, dejando algunos tratados de recetas con yerbas del país, que se conservan en poder de algunos curanderos y sería bueno que se examinasen por profesores, pues no dudo encontrarían remedios nuevos y útiles, porque el autor hizo mil ensayos con todas las plantas, que es el medio de hallar específicos, y no el que usan en Europa valiéndose siempre de lo que hay en la botica...»

Demersay, en su *Histoire physique politique et économique du*

Paraguay (II, página 134), dice: « Se cita también una obra guaraní del padre Segismondi, de la que sólo existen raros ejemplares manuscritos, preciosamente conservados por los hombres del arte del país ».

Martin de Moussy, *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*, París, 1860 (en el tomo I, página 414), dice:

« El territorio de Misiones y la provincia de Corrientes son sobre todo ricos en plantas medicinales de toda clase, y sobre las que el jesuita *Asperger* había escrito, á mediados del siglo pasado, una obra de la que quedan algunos ejemplares manuscritos; hemos tenido entre manos uno de ellos en Itaquí, en las Misiones orientales. Entre muchas propiedades equivocadas ó erróneas que atribuye á las plantas que le presentaban ó le indicaban los guaraníes de las Misiones, hay sin embargo muchas muy reales, y que podrían prestar verdaderos servicios al arte de curar. Bompland, que vivió muchos años en esta región, nos dijo haber remitido al Museo de Historia Natural de París un vasto herbario que contenía todas las plantas citadas por el padre Asperger, clasificadas según el método natural, con su nombre científico al frente de su nombre usual en guaraní. »

El doctor don Manuel Ricardo Trelles, en la página 248 de la *Revista Patriótica del pasado argentino*, Buenos Aires, 1888, dice:

« Segismundo Asperger, jesuita natural de Inspruck, en Austria, nació el 28 de octubre de 1687, entró en la Compañía en 1703 y profesó el 19 de octubre de 1726.

« En la época del extrañamiento de los jesuitas de las Misiones por Bucarelli, el padre Asperger, á causa de su edad avanzada, no fué molestado y parece que murió en Misiones en una fecha que no se conoce. Azara en los *Voyages dans l'Amérique Méridionale* (I, página 131), dice que á la edad de 112 años. »

El manuscrito *C* del padre Sigismundo de Asperger, que poseo, es el *tercero* de la serie que examino, lo reputo auténtico, dado le

origen que tiene, habiendo sido hecho en el año de 1872, sobre una copia que tenía el doctor Gutiérrez; no describo el original, pues no apunté entonces los caracteres que servían para distinguirlo.

Contiene la descripción de sesenta y tres plantas, poco menos de la mitad de las que contienen los dos manuscritos anteriores.

Las descripciones son *idénticas* y *aun casi literalmente copiadas*, en su inmensa mayoría, de las que registran los dos escritos anteriores del hermano Montenegro.

En el año 1802, el *Telégrafo mercantil* publicaba un tratado sobre la yerba mate como original del padre Segismundo, este mismo escrito se halla en el manuscrito de la Biblioteca Nacional, del hermano Montenegro, y con razón el señor Trelles, en la *Revista Patriótica* (I, página 249), reivindica para este último la paternidad del escrito. Es igualmente copia de nuestro manuscrito de S. Angel.

Otro tanto podríamos decir del célebre *bálsamo de Misiones* ó de *Aguaribai*, publicado en folleto de 8 páginas, en 1865, por la *Nación Argentina* como del padre Segismundo Asperger, y que se encuentra copiado textualmente del manuscrito de la Biblioteca Nacional y del nuestro de S. Angel.

Azara, en el tomo I de sus *Voyages dans l'Amérique Méridionale*, dice en la página 131 que de este bálsamo se enviaban anualmente dos libras á la Farmacia Real de Madrid y que había sido descubierto por el jesuíta Segismundo Asperger (1).

Para el que se tome el trabajo de cotejar artículo por artículo las descripciones del padre Asperger con las que hizo el hermano Montenegro resulta evidente que Asperger ha copiado servilmente á este último en los escritos del que debe haber sido su maestro.

En algunos párrafos que son evidentemente el resultado de la observación personal de Montenegro, como los que citamos arriba referentes á la acción de las frutas del arazá en la toma de la Colonia, á

(1) Igual información se repite en la *Descripción é Historia del Paraguay y del Rio de la Plata*, por don Felix de Azara. Madrid, 1847, I, página 74

la que históricamente está probado asistió personalmente el padre Segismundo Asperger, sin embargo se atribuye el descubrimiento diciendo: « *como la tengo experimentada por lo que sucedió sobre la Colonia de San Gabriel con los indios que fueron para soldados á su desalojamiento* ».

Por lo que hemos visto, ¡ en esa fecha Asperger tenía 17 años y aún no había llegado á América !

Sobre las Guayabas repite la adición que transcribimos también más arriba acerca de su abundancia en el Uruguay, haciendo una trocatinta entre el *arazá-guazú* y el *arazá-hezaetebae !*

VI

Recientemente, por obsequio de mi estimado colega y amigo el doctor don Leopoldo Montes de Oca, tengo en mi poder un *cuarto* manuscrito *D*, sobre las *Plantas de Misiones*. Está formado por un cuaderno de 63 páginas manuscritas en papel de carta marca *Bath*, de 187 milímetros por 222 milímetros, muy usado en América después de la guerra de la independencia. Digo esto para establecer la fecha de la copia. La letra es la española que enseñaban los maestros de escuela nuestros en aquellos tiempos y cuyos especímenes son muy comunes en los escritos de nuestros hombres de cincuenta años ha.

El manuscrito está muy averiado por la humedad, sobre todo, en el canto superior derecho; el papel ha sido destruído y la tinta se halla muy borrada en algunos parajes.

Se lee, sin embargo : «*Tratado de las yerbas y sus raíces... Misiones, por el P. Sigismundo;* después un: *Gue..r.*, algo como *Guevara,* pero nada que se parezca á *Asperger.*

El manuscrito contiene la descripción de setenta y tres plantas de Misiones. diez más que el de Asperger de que nos hemos ocupado

arriba. El orden en que están dispuestas las plantas difiere del usado por Asperger, como éste variaba con el manuscrito de San Angel y con el de la Biblioteca Nacional.

Como el texto está calcado sobre el del hermano Montenegro, se deduce que cada copista ha dispuesto las descripciones primitivas á su antojo, extractándolas, abreviándolas y tomándolas como apuntes para uso particular y con un propósito utilitario personal cuyo criterio de copista ó de empírico interesado le dictaba en el momento de arreglar el manuscrito que elaboraba. No tiene las descripciones del *arazá*, y carezco, por consiguiente, del criterio que me ha servido para juzgar á Asperger. Pero en cambio me presenta otro, y es: el artículo sobre *El palo de culebra* ó *Caaperá-Isipó moroló*.

Montenegro (*Rev. Patr.*, II, 69), dice : « En San Borja llaman *macaguá isopó*; úsanla para picaduras de víboras : enseñómela en aquel pueblo un indio tupí que se vino á la ciudad de San Gabriel huído, segun me han dicho ».

Nuestro *Sigismundo G.* del manuscrito *cuarto*, dice en la página 7 « en San Borja la llaman *macaguá cod. isipó moroti*, úsanla para picaduras de víboras; enseñómela un indio tupí y ví que tiene... »

Para muestra de los textos de estos manuscritos me parece que basta y sobra para dejar una vez por todas comprobado que no se trata sino *de cuadernos de convento que han girado por toda la provincia jesuíta del Paraguay, en sus ciudades y numerosas reducciones*, ni más ni menos que lo hacían con las traducciones de Virgilio, Horacio, los apuntes de metafísica, de teología ó resolución de los casos de conciencia, para uso uniforme de los confesores de la compañía.

Ocurre ahora la pregunta : ¿ ha sido el padre ó hermano Montenegro su autor primitivo entero y verdadero ?

Después de reflexionar acerca de lo que hemos visto más arriba hay que dudarlo mucho. Evidentemente, el hermano Montenegro

es uno de sus autores más importantes. Leyendo su texto se echan de ver las modificaciones que han sufrido sus escritos por los libros de Dioscórides: Mattioli, Laguna, por los trabajos de Pison y Bontio, que él mismo cita en el curso de sus descripciones.

Aunque el cronista de la compañía, padre Pedro Lozano, como hemos visto, sólo cita á Montenegro como autor del *Herbario* que en su época llamaba la atención de la Compañía, un historiador posterior al padre Guevara nos da noticia del padre Ventura Suárez y con todo el aspecto de una reivindicación de su nombre olvidado.

No debe olvidarse que el que daba el dato al historiador Guevara (sucesor de Lozano en el cargo de cronista) era nada menos que el padre Nusdorffer, Provincial entonces de la orden.

Creemos estar en la verdad si admitimos, en un último análisis, que el manuscrito primitivo fué confeccionado por el padre Ventura Suárez y que recibió adiciones y modificaciones de Montenegro, Falkner y todos los que lo han copiado y usado sucesivamente, incluso el legendario padre Sigismundo Asperger, que es quien ha usufructuado más que todos la gloria que podía caber por este célebre herbario de Misiones.

(Continuará)

PEDRO N. ARATA.

BOTÁNICA MÉDICA AMERICANA

LOS HERBARIOS DE LAS MISIONES DEL PARAGUAY

(Continuación)

VII

Para darse cuenta del lenguaje usado en estos herbarios, debe tenerse en vista el medio en que se elaboraron y las ideas que predominaban en ese tiempo.

Desde la concepción nebulosa del primer empírico para explicar la acción ó *vis medicatrix* de las plantas, hasta los tartamudeos de nuestra *farmacodinamia* contemporánea, que se inicia en el camino de las soluciones científicas, han pasado algunos millares de años. Durante veinte siglos, ha dominado, más ó menos modificada, la teoría humoral de los griegos, que voy á recordar al lector, resumiéndola brevemente; pues su conocimiento nos será necesario para comprender la materia de este estudio.

Los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego, entran en proporciones variables en los medicamentos y les comunican las propiedades de frialdad, humedad, sequedad y calor. Rara vez éstos se equilibran entre sí hasta resultar un cuerpo neutro ó privado de pro-

piedades medicinales. Ordinariamente, una ó dos propiedades predominan, y entonces el cuerpo es frío, húmedo, seco ó caliente; ó si no á la vez frío y seco, caliente y húmedo, ó frío y húmedo ó caliente y seco.

Las propiedades de frío, seco, etc., son más ó menos intensas y se establecen, según su energía, en cuatro grados.

La doctrina nosológica se deducía paralelamente de la que admite los cuatro mencionados elementos. Las enfermedades tenían, pues, por origen el calor, el frío, la sequedad y la humedad, y admitido esto, lógicamente se desprende que deben ser combatidas por medicamentos de propiedades contrarias y de intensidad análoga á la del mal.

La ciencia árabe, tan ponderada por algunos sin razón, fué heredera de la doctrina griega, pero no mejorada, sino empeorada por las exaltaciones de una secta, la que en todo se basaba sobre los preceptos del Corán. Lejos de hacer la luz, su escuela se sumió en una obscuridad que contribuía á aumentar la que había traído la Edad Media sobre Europa.

Los médicos árabes no podían anatomizar el cuerpo humano; no conocían sus funciones y mal podían emprender la curación de las enfermedades sobre bases racionales y con criterios científicos.

La aurora del renacimiento italiano irradiaba sus primeros resplandores sobre España, y en 1488 el rey Fernando de Aragón permitía á los médicos españoles los primeros estudios anatómicos en el hospital de Zaragoza. La raza española, mezcla de sangre árabe y godo-latina, tenía el sentimiento contemplativo de la primera, la observación atenta de los segundos y la inspiración y las rebeliones de los dominadores del mundo. En la nueva escuela, con los resabios árabes, se formó una generación de *físicos* ó médicos asaz extraña. Adoradores por temperamento de las novelerías de una escuela griega que renacía, temerosos de la tradición árabe, que no podían olvidar y que decaía por la falta de iniciativas indispensables para sus progresos, ensayaron sus primeros pasos con las inseguridades de marcha de los atávicos.

Sin base científica sólida, fueron empíricos, y de un empirismo de la peor especie: mezcla de fe ciega en la receta ensayada y de la tentativa inconexa para la aplicación de una teoría que no era profundamente sentida, ni comprendida.

Estos *físicos* con escuela de poca doctrina, y aún no los mejores, llegaron á América con los conquistadores, — no había expedición que no los trajera — y hallaron un medio capaz de conmover profundamente una ciencia tan poco asentada.

Veamos lo que encontraron.

México, con la civilización más avanzada que existía en el Continente Americano, tenía sus médicos muy adelantados en el conocimiento de las yerbas medicinales, á tal punto que le hicieron conocer á F. Hernández, de quien ya hemos hablado, los nombres y las virtudes de más de 1200 plantas.

Moctezuma tenía huertos de yerbas medicinales, y sus médicos hacían experimentos con ellas, curando á los dignatarios, sus cortesanos.

El vulgo no usaba de los médicos, para no pagarles, ellos mismos se curaban con las recetas que conocían. El P. Motolinia nos describe un medio para establecer el pronóstico de una enfermedad. «Tomaban un puño de maíz del más grueso que podían haber, y echábanlo como quien echa unos dados; si algún grano quedaba enhiesto, tenían por cierta la muerte del enfermo».

La idea que tenían de la enfermedad los llevaba á esta práctica, que describe el mismo historiador: «si alguien se enfermaba de calenturas recias, tomaban por remedio hacer un pocillo de masa de maíz y poníanle sobre una penca de magüey, y luego de mañana sácanle á un camino, y dicen que el primero que pasa lleva el mal pegado en los zancajos, y *con esto quedaba el paciente muy consolado*». El mismo autor advierte que *«á las mujeres siempre las curaban otras mujeres y á los hombres otros hombres»*.

El padre Mendieta nos da otro origen de las enfermedades entre los indios, y era *el pecado*, que obligaban sus médicos á confesar.

« Y esto era tenido por principal medicina: echar el pecado de su ánima para salud del cuerpo ». — Otra particularidad: los médicos aztecas debían ser *examinados* para ejercer. Los historiadores nos refieren que no sólo conocían las yerbas, sino que prescribían los baños, usaban de la sangría y practicaban la cirujía. Al mismo Cortés lo curaron, y debe haber sido tan alto el concepto en que los tuvo, que en 1522 pedía al emperador que no dejara pasar médicos á Nueva España, pues los naturales eran suficientes.

Luego los médicos naturales conocían el remedio de las *bubas* que, por más que se haya sostenido lo contrario, parece enfermedad americana. Había también la *chapetonada*, algo como la *fiebre amarilla*, ó tal vez la *influenza* que pagaban hasta con la vida todos los *chapetones*, que así se llamaba á los españoles recién llegados. Los estragos de esta enfermedad eran tales que de setenta compañeros que llegaron á Honduras en 1550 con el doctor Zurita, sólo él y seis compañeros se salvaron de la enfermedad.

Sobre el Perú, el inca Garcilaso, *Comentarios Reales*, I parte, Lisboa, 1609, folio 49, vuelto y sig.) nos facilita datos precisos acerca de la medicina indígena. Nos dice que conocieron las purgas y las sangrías, que practicaban con una punta de pedernal en una vena cercana al paraje del dolor. Para purgas usaban yerbas, unas « rayzes blancas que son nabos pequeños. Dizen que de aquellas rayzes ay macho y hembra, toman tanto de una como de otra una cantidad de dos onzas poco mas o menos, y molida la dan en agua o en el bevraje que ellos beven y abiéndola tomado se echa al sol, para que su calor ayude a obrar... Acabada la obra queda con tan buen aliento y tanta gana de comer, que se comerá cuanto le diere. A mí me purgaron dos vezes... »

Estas medicinas las daban las viejas y « *grandes ervolarios*, que los huvo muy famosos en tiempo de los incas, que conocían la virtud de muchas yerbas, y por tradicion las enseñaban a sus hijos, y estos eran tenidos por médicos, no para curar a todos, sino a los reyes, y a los de su sangre, y a los curacas y a sus parientes. La gen-

te comun se curavan unos a otros por lo que avian oydo de medicamentos ».

Agrega después :

« A los niños de teta, quando los sentían con alguna indisposicion, particularmente si el mal era de calentura, los lavaban con orines por las mañanas para embolverlos, y quando podían aver de los orines del niño, le daban a bever algun trago » (1).

« Quando al nacer de los niños le cortaban el ombligo, dexavan la tripilla larga, como un dedo, la cual, despues que se le caya guardaban con grandísimo cuidado, y se la davan á chupar al niño en cualquiera indisposición que le sentían... Avía de ser la propia, porque la ajena decían que no le aprovechava. » — En esto debe verse el origen del *chupón*, que aún persiste en ciertas localidades.

« No supieron tomar el pulso y menos mirar la orina ; la calentura la conocían por el demaciado calor del cuerpo »... « Quando se avían rendido á la enfermedad no hazían medicamento alguno, dexaban obrar la naturaleza y guardavan su dieta »... « La gente común y pobre se avía en sus enfermedades poco menos que como bestia. Al frío de la terciana ó quartana llaman *chúcchu*, que es temblar, á la calentura llaman *rúpar senzilla*, que es quemarse ».

(1) Hago esta transcripción con el propósito de recordar que estas prácticas que se han seguido entre nosotros por muchos años tienen un origen incásico. Las recetas del *Charlatán* doctor Mandout las registran con frecuencia. (Este Salvador Mandout fué expulsado de Buenos Aires, por el virrey Vértiz, por el mal concepto en que le tenía el Cabildo, — según documento que me ha comunicado el doctor Mallo.)

Acerca de las prácticas de medicina popular y á propósito del doctor Mandout, tengo una carta particular del doctor don Vicente F. López en la que me refiere entre muchas cosas interesantísimas lo siguiente :

« Le hablo á V. de cosas que he visto y probado.—He visto en una chacra tratar de curar una topada de buey ó vaca, haciendo beber al paciente un vaso de *orines de niño*, mezclados y revueltos con cierta cantidad de estiércol reciente de vaca.

« Era remedio popular en los campos.

« Esto sucedía en 1821. ¿No sería que con esto se buscaban los efectos disolventes del amoniaco?...—¡ El diablo que lo sepa ! pero es lo que yo he imaginado al recordar aquel trance que padeció un primo hermano mio, llamado E. Esperón, de unos tres años mayor que yo. »

En el capítulo siguiente, folio 51 vuelta, el mismo Garcilaso habla de las virtudes del Molle, de la Chillca, del Tabaco, del Matecllu, etc., —y concluye: «Esta fué la medicina que comunmente alcanzaron los indios incas del Perú, que *fué usar de yerbas simples y no de medicinas compuestas, y no pasaron adelante*... »

Los indios antiguos de Colombia tenían horror á la enfermedad y á los enfermos, á los que dejaban morir en despoblado con pan y agua, ó mataban para descanso de los pacientes.

Los carrapas encomendaban los enfermos al demonio. Los caribes atribuían la enfermedad á espíritus maléficos, y el mohán, que era al mismo tiempo médico y herbolario, usaba de exorcismos para expulsarlos del cuerpo. Conocían las yerbas y sus virtudes.

Los chibchas encomendaban sus enfermos á Dios; ni más ni menos hacía un doctor C..., ahora 50 años entre nosotros, quien tenía una cantidad de recetas manuscritas en uno de los faldones de la levita, y cuando visitaba un enfermo le daba una de ellas, sacada á la suerte, con la frase sacramental: ¡Dios te la mande buena!

Los habitantes del norte de nuestra República, así como los de igual latitud de Chile, seguían las prácticas de los incas. Los araucanos, según Molina (*Hist. Civ.*, 96), tenían tres clases de médicos: los *ampibes*, que eran empíricos que curaban por medio de simples yerbas; los *vileus*, que atribuían las enfermedades á parásitos é insectos; las epidemias se llaman *cuthanpirú*, es decir, enfermedades verminosas (á su manera, predecesores de Raspail y Pasteur). Existían por fin, los *machis*, médicos hechiceros que conjuraban los espíritus maléficos que se habían apoderado del cuerpo de los enfermos.

En otras tribus salvajes que no tenían médicos se llegó hasta á tener por médicos á los soldados de la conquista, obligándoles á curar, so pena de muerte. Se recuerda aún el *salmo del lancero*, palabras sin sentido que pronunciaba un soldado, haciendo con una lanza el signo de la cruz sobre las heridas, *las que curaban*. Se

agrega que la autoridad eclesiástica las aprobó « porque los caminos de Dios son altos y sus trazas maravillosas ».

Nada tiene, pues, de extraño que el hermano Pedro Montenegro dedique su libro á la *Serenísima reina de los Siete Dolores*, en una oración fervorosa que lo precede.

Entre el fárrago de prácticas supersticiosas, de remedios incongruentes, brillan con todo substancias de origen vegetal de acción real y verdadera, que son aún clasificados entre los *remedios heroicos* de la terapéutica moderna. Su conocimiento en la ciencia es debido á la comunicación oral de los aborígenes americanos, quienes los usaban de tiempo inmemorial. Igual procedencia tiene el uso de muchas plantas útiles, como el cacao, maíz, las papas, el tomate, que no sólo enriquecieron la dietética, sino que vinieron á ser alimentos de uso común en muchos pueblos de Europa, y á los que en más de una ocasión han librado del hambre en épocas de escasez.

Así como no es necesario insistir mucho sobre la importancia de la quina, ipecacuana, coca, copaiba, etc., plantas con que la América enriqueció el arsenal terapéutico, hay que hacerlo, sin embargo, para muchas otras que están aún relegadas en los libros de los primeros viajeros, como Hernández y Pison, que hemos mencionado. Necesitan ser estudiadas con experimentación moderna, necesitan ser nuevamente *descubiertas*, como sucedió con el *jaborandi*, que á pesar de haber sido descrito hace 250 años por Pinson, fué un médico brasileño, el doctor Coutinho, quien lo puso en voga, y digo esto, citando una sola entre las muchas plantas de igual eficacia que la medicina ha de aprovechar en la rica flora americana.

Recomendamos el estudio de las obras de Martius, de Saint-Hilaire, de Ruíz y Pavón; hacemos votos por la publicación de los manuscritos de las célebres expediciones botánicas que existen en el Jardin de Plantas de Madrid, y á nuestros compatriotas y á los sudamericanos recordamos las siguientes palabras de De Candolle *(Essai sur les prop. méd. des plantes)*, que hacemos nuestras al

terminar este ya demasiado largo escrito á propósito de las plantas de Misiones. Son las siguientes :

« *Les américains deviendront chaque jour plus indépendants de l'Ancien Monde, en employant aux mêmes usages que nous des végétaux analogues.* »

P. N. Arata.

ERRATA NOTABLE

En el presente estudio del doctor Arata sobre *Botánica Médica Americana*, se ha cometido un error notable de compaginación en la entrega anterior : los 13 últimos renglones de la página 434 y los 26 primeros de la página 435 contienen un texto que debiera estar colocado á continuación del segundo renglón de la página 437.